

llo habrá de ser un gran Alcalde de la provincia de Almería.

—¡Demonio, demonio! Calínez, cuanto siento no haberte acompañado!
—¡Más lo sentirás cuando sepas que hubo al terminar los indispensables dulces, licores y tabacos.

Se comió, se bebió, se fumó, se...
—Basta. No continúes ¿para qué?

—Como quieras.
—Yó, Calínez, he pasado una semana cruel y he sufrido una relativa contrariedad.

—¿Que te ha sucedido? ¿Has estado de expedición en los pueblos cercanos predicando nuestra doctrina? ¿Fuiste á Viator lloviendo, á caza de voluntades, ó formaste en esa otra Comisión ¡ay! conservadora, que ha visitado á Maurra para darle gracias por la designación de Besada para candidato al tercer lugar?

—Ni lo uno, ni lo otro. No he salido de la población. Si hubiera salido, Calínez, me figuro que no hubiera estado aquí.

—¡Seguramente! Pues entonces ¿de qué suceso te lamentas?

—Te lo voy á decir, Calínez. Has de saber que sin tu consentimiento y sin el mío, algún admirador tuyo seguramente, ha tenido la ocurrencia de fijar en las paredes de los edificios de las principales vías públicas unas cuartillas impresas en papel de colores diferentes, de las cuales conservo una que á duras penas pude arrancar entera.

—¿Y qué dicen esas cuartillas?

—Aquí tienes la muestra

—¡Cielos! ¿qué veo?

Los almerienses nos alegramos de la candidatura de CALINEZ.

¡¡HAY QUE VOTARLA!!

¡Hermoso rasgo de cariñosa admiración, Tobálo! No sabes cuanto agradezco esta señalada muestra de las simpatías que he logrado inspirar á los almerienses.

—Pues yo opino al contrario que tú, Calínez.

—¡Cómo!

—Yo entiendo que estas cosas, más perjudican que favorecen. ¿Es, por acaso, que tu nombre prestigioso necesita de esos reclamos anónimos? ¿Sabes tú, delicado amigo, si esa pueril é ignorada expresión, es obra de todos los almerienses ó de uno, de uno solo de tus admiradores, que pretende por ese medio hacer una inocente propaganda de tu candidatura?

—¡Quizá tengas razón, discreto amigo!

—Indudable. Y aquí tienes el por

qué de mi disgusto. He ido destruyendo y arrancando, todas las que he podido, estas dichas hojas pregonadoras de tu candidatura y con las cuales, su desconocido autor acaso, sin quererlo, te ha colocado en un ridículo evidente.

—Pero, después de todo, Tobálo, ¿no se anuncian así los artistas de todas clases y condiciones?

—¿Luego tú, te consideras como un artista más?

—¿Por qué no? La política es un arte difícilísimo y no me causa molestia alguna, que actuando de empresa, mis amigos me anuncien en esa forma.

—Allá tú con tus pensamientos.

—Bueno Tobálo. No te preocupes así por esa bagatela. Después de todo, no carece de originalidad.

—Eso no. Porque le ha ocurrido lo mismo á D. Augusto G. Besada. A él también lo han anunciado por las esquinas de igual modo.

—¿Vés, hombre, vé? Todos los grandes hombres, somos objeto de iguales manifestaciones. Está bien así, Tobálo. Ahora regocijémosnos con el suceso culminante del día; con el nuevo Alcalde, y hagamos votos fervientes por su venturoso advenimiento. Elevemos nuestras preces al Altísimo para que lo inspire y lo ilumine, y consagremos una corta oración por la memoria de D. Onofre bendito, que fué crucificado, muerto y sepultado en el mismo sacro y memorable día en que enterraron á Cristo, nuestro Señor.

—¡Orate frater!



CARTA ABIERTA

Mi buen amigo Calínez, y probable compañero: desde que le he conocido y tuve el gusto de verlo cuando vino á visitarme recién llegado á este pueblo de mis grandes afecciones, de mis ansias y mis sueños, observo que me distingue de modo tal, que no acierto á comprender, por qué causa me hace usted siempre el objeto de sus constantes estudios, de sus continuos obsequios, de sus finas atenciones y de su humorismo *expléndido*. (frase que está muy de moda y que yó con gusto empleo.) No es que eso á mí me moleste ni me ofenda; nada de eso; todo lo contrario, amigo; me gusta la mar, pues veo que me tiene en gran estima y en un superior concepto, lo cual, dicho con franqueza, y me halagase lo agradezco.

Pero sí debo decirle, que me *joroba* en extremo, eso de que me retrate y me *saque* de torero, ó soñando con el acta (qué aunque es verdad, no lo niego, que con ella, á todas horas, amigo Calínez, sueño.) no es cosa que usted lo pinte de ese modo tan grotesco, ni que me ponga ese *buche* ni me llame *farolero*.

Mire usted, señor Calínez: yó soy un hombre que piense, y siempre pensé lo mismo, que los cargos, si son buenos, dan tono, dan importancia, dan prestigio, dan respeto, dan ciertas satisfacciones, y dan postín y dan mérito al que los cargos obtiene, y debe ufanarse de ellos; por cuya razón declaro que si ambiciono tenerlos es solo por esos gozos que yó llamo, *faroleos*.

Pero ¿que tiene de extraño, amigo Calínez, esto? ¿Soy yó el único que piensa de ese modo? ¡No por cierto! Ahí tiene usted á Trujillo, que le dá al cargo unos vuelos y un tono, y una importancia, y un aire y un contoneo que el hombre se le pasea, el gusto por todo el cuerpo. ¿Y D. Braulio? ¡No tenía, tanto afán y tanto empeño por ser Alcalde? ¿Usted juzga que todo ese afán en serlo es por sufrir los pesares que el cargo origina? ¡Bueno! ¡Es porque también le gusta *farolear*! ¡Yá lo creo!

Y usted mismo, ¿no se pirra por ir conmigo al Congreso? ¿lo hace por amor al arte? ¿Que si dice usted? ¡Un cuerno! Sepa usted, amigo mío, que aquí, el que más y el que menos, lucha por las mismas causas, buscando iguales efectos.

Como es así, no me explico que me ponga usted en el ruedo haciendo suertes del arte primoroso del toreo, cuando á todos nos impulsa ese humano sentimiento.

¿Vé usted á D. Eduardo Pérez, tan sencillo, tan ingénuo, tan campechano, tan franco, tan humilde y tan modesto?

¡Pues le gusta un *toquecico* de bombo, sonoro y ríeico, aún más que si le *tocara* el gordo en cualquier sorteo. ¡No crea usted que estoy yó solo, que nos contamos por cientos!

Y además, que no me gusta, ni me conviene, ni quiero, que hable de mí tanto, ahora, en los críticos momentos, cuando estoy brujuleando, y trabajando y haciendo los mayores sacrificios y los más grandes esfuerzos, por ver si al fin me encasillan y si al cabo el acta pesco, ¡por que mire usted, Calínez, que tiene poco salero, este que á mí me ha pasado con el cambio de gobierno! Y dicho esto, tan solo he de añadir que celebro ver lo acertado y prudente, lo comedido y correcto, que con todos los paisanos se porta usted. Yó me alegro.

¡Conque á seguir bien, amigo! Mucha suerte le deseo,